

CONTESTACIÓN
de
DON AMBROSIO PERERA

Señores:

Acabamos de oír un discurso especialísimo. Un discurso que siempre será leído con provecho y conservado como índice de las ideas que han anidado en esta Academia. Buen tino ha tenido el doctor Álamo en la elección del tema con que ha querido presentarse en el pórtico de nuestra Corporación. Se hacía necesario oponer a la crítica adversa de quienes juzgan el espíritu de las academias sin conocerlas, razones sacadas de concretas y evidentes realizaciones tal como, para pretensora justificación de la nuestra, lo ha hecho con tanta erudición esta tarde el nuevo académico que hoy viene, por derecho propio, a ocupar puesto de honor entre nosotros.

Nadie ha podido, sin malevolencia, atribuir jamás a nuestra asociación el tener en su seno el virus que anquilosa las ideas o destruye en el pensamiento el sentido de la orientación individual para obligarlo a someter su vuelo a una norma colectiva o a una reglamentación incapaz de adaptarse a la evolución de la cultura. Pero es verdad que existe la malevolencia, que queremos esta vez, por misericordia, calificarla de ignorancia.

Se ha ignorado a veces o se ha querido ignorar en efecto la labor civilizadora que en el campo literario ha realizado esta Academia. Felizmente no son muchos los que aparentan tener un criterio falso en tal sentido, pero mayor felicidad es todavía saber que el discurso del nuevo académico habrá de ser en adelante el baluarte irresistible de la lógica en donde han de estrellarse todos los sofismas que se lancen contra la viva realidad de este Instituto.

También se quiere atribuir a menudo al término academia un sentido caduco o reaccionario para luego hacer, respecto a su importancia, conclusiones verdaderamente desgraciadas. Se ha tomado la seriedad y el espíritu fraterno que reina en asociaciones de esta índole, como sintomatología inequívoca de intolerancia endémica y de sedimentación ideológica. Sin embargo, nada más absurdo que este modo de interpretar posiciones de por sí demasiado explícitas. En efecto: el compañerismo espiritual que en las academias ha llevado a sentarse juntos y cordiales pensadores encontrados, ha sido el mayor ejemplo de respeto a las ideas que pueda darse entre hombres de disciplinas intelectuales diferentes y de disímiles conceptos filosóficos. En medio de una comensalía fraterna nadie obliga a nadie a asimilar su propio manjar espiritual y cada quien queda con el supremo derecho de poder expresar y aún de defender, en el seno mismo de la Corporación, las ideas a las cuales se arrima su conciencia, en la seguridad de que, si encontrara razones que se oponen a las suyas, no dejará de sentirse ni un solo momento en un ambiente de honradez y libertad.

En el discurso del doctor Álamo queda asentado que hombres librepensadores y pensadores católicos han estado, sin choques descorteses ni rencores imprudentes, abonando juntos el terreno académico de la cultura. Rafael Villavicencio y Amenodoro Urdaneta, aparecen como obreros armónicos de un solo edificio, a pesar de las grandes diferencias que todos sorprendían en el terreno de sus conciencias y de sus filosofías. No quiere decir esto que el señor Urdaneta pudiera transigir en sus ideas en beneficio de una conciencia académica ni que nosotros personalmente rindamos culto a la cobarde beligerancia al error, pero tampoco que vayan a tener razón los que ven en la fe católica profesada por el referido académico, un cemento anquilosante de la inteligencia, cuando más bien es garantía de la verdad en el vuelo infinito de las ideas. Quienes como él estamos seguros de la verdad, con toda la sinceridad de que es capaz el alma humana, no podemos jamás claudicar en la fe de nuestra creencia, a menos de que, como lo dije en mi discurso de incorporación a la Academia, llegase a presentarse lo imposible bajo todo punto de vista, de tener que escoger el camino de la

realidad ante un supuesto e irrealizable divorcio entre aquella misma creencia y la verdad eterna que la anima. Pero tampoco ninguno de los poseedores de aquella gracia es capaz de armarse caballero andante para arremeter en medio de la Corporación, con coraza al pecho, casco hasta la frente y lanza en ristre, contra aquellos de sus colegas que profesan doctrinas e ideologías diferentes.

Olvidan los que confunden los términos academia y oscurantismo en relación a la vida intelectual, que durante el Renacimiento, cuando empezó a tener significado realista el título de academia dado a las asociaciones de índole cultural, fue empleado precisamente éste para señalar las agrupaciones de carácter revolucionario que surgieron como resultado de la lucha que, contra los métodos de las universidades medioevales, emprendieron los llamados humanistas.

De las calles, bibliotecas e imprentas donde discutían y enseñaban los hombres del renacimiento, se fueron éstos a las corporaciones creadas con el nombre de academia y llevaron a ellas, para una nueva siembra, el pensamiento greco-romano, que ya estaba cansado de andar errante sobre las pacientes plumas de los copistas o de vivir estéril en mudos y olvidados pergaminos monacales, y allí, regado con nueva savia de la humana inteligencia y con la virtud acogedora de tres papados ilustres de la vieja iglesia, produjo la más sublime y renovante cosecha en el campo universal de las ideas.

Fieles a aquel espíritu renacentista, las academias guardan en sus anales una tradición revolucionaria, y en ellas la República de las Letras ha tenido, más que en ninguna otra parte, una vida inspirada en el concepto democrático de este nombre.

Señores:

Una simpática tradición explica el que sea yo quien dé al doctor Antonio Álamo el saludo cordial y efusivo en el momento solemne en que nuestro Instituto lo recibe complacido. Pero el hecho de estar unido al nuevo académico con lazos de sincera amistad personal y con la afectuosa condición de ser ambos nativos de un mismo glorioso rincón de Venezuela, es una mejor razón para haber aceptado, con especialísimo placer, el honroso encargo que ha tenido a bien hacerme la Academia.

El doctor Álamo llega a nuestra Corporación después de una larga vida intelectual y de haber alcanzado en el mundo cultural venezolano un lugar prestigioso, por tener la fortuna de poseer talento de sobra, vasta fecundidad espiritual, erudición poco común y una manera tan rica y espontánea de expresar el pensamiento que le ha conquistado la envidiable suerte de que su obra literaria, extensa y continuada, tenga siempre devota y abundante clientela y crítica por demás halagadora. Por eso su elección académica no hizo otra cosa que corresponder, con unánime aceptación, al dictamen distinguido que sus publicaciones, históricas y de otras especies, generalmente han merecido.

Desde hoy la brillante juventud intelectual del doctor Antonio Álamo ocupa el sillón dejado vacante por la muerte sentidísima, cristiana y santa del doctor Diego Carbonell. Maestro mío inolvidable, justo en la cátedra, grande en inteligencia y sabiduría, vanidoso en la vida literaria, pero humilde y honorable siempre en la vida hogareña y en aquella que brindaba alegre y con lealtad a sus amigos. Su herencia intelectual escapa, por lo diversa y por los diferentes caracteres de sus ideas, de un calificativo genérico; pero ella llegó a sentir en la hora suprema de la conciencia, el influjo perfecto de su noble espíritu. Al morir con Dios en los labios y con fe pura y católica en el corazón, dejó enlutado un sillón en nuestra Academia, que hoy se viste de gala para recibir con entusiasmo a otro adalid de la cultura.